

Ginebra, 9 de octubre de 1978

Exp.: José R. Echevarría  
121 rue de Lausanne, appts. 21  
1202, Genève, Suisse

Las comunicaciones entre nosotros se han espaciado tanto que casi parecieran interrumpidas. Le escribo, pues, precisamente porque deseo evitar que tal apariencia cobre realidad.

Espero que Vd. esté bien, pensando, ordenando, abarcando, incluyendo, integrando, escribiendo. Me agradecería que me lo confirmara.

En cuanto a mí, he pasado por momentos algo difíciles, felizmente ya superados. Ocurrió que, a pesar de que sólo había sido contratado por la Universidad de Ginebra para sustituir a un profesor que estaba en licencia, yo me había hecho la ilusión de que transcurrido el período de tal licencia, se me ofrecería algo, por ejemplo un cargo de chargé de recherches. No fue así, y me encontré, pues, a partir de abril, sin trabajo profesional, viviendo e instalado ya, con libros y petacas, en una de las ciudades más caras del mundo, sin más entrada que una reducida jubilación en dólares (cuyo valor se desmoronaba), la cual habría podido bastar para sufragar mis gastos personales, en cuanto suplemento a la entrada de mi esposa, pero no para mi mantención completa una vez separado de ella y viviendo en otra casa. Tras diversas gestiones sin éxito, presenté un proyecto de investigación a una fundación cuya sigla es IFDA (International Foundation for Development Alternatives), la cual me ha dado felizmente –pero esto sólo en agosto- un conveniente apoyo para escribir un libro, que se titulará The Sovereignty of Needs, el cual deberé entregar en abril del próximo año. Éste es un libro jurídico-político, cuyo tema está, sin embargo, vinculado a mi pensamiento filosófico (es una extensión de él). Incorporaré a él lo que tengo pensado y elaborado sobre educación y para lo cual me fue dada la beca Guggenheim, como Vd. recordará puesto que me apoyó ante esta institución.

A la vez, otra secuencia, un tanto folletinesca, produjo unos resultados imprevistos. Ocurrió que, en 1976, una joven señora griega compró en Atenas mi libro sobre la muerte, seducida por el título. Su lectura le interesó, por lo que le mandó el libro a un amigo suyo, Olof Gigon, profesor en Berna, a quien Vd. ha de conocer de nombre. Gigon leyó a su vez el tal libro y me escribió a Puerto Rico haciéndome algunos comentarios y diciéndome que, si yo venía a Europa, le agradecería que concertáramos un encuentro. La carta me fue enviada de Puerto Rico a Ginebra, y pude, pues, contestarle a Gigon que estaba muy cerca. Nos vimos algunas veces, intercambiamos publicaciones. Y luego me hizo invitar a un simposio de la Asociación Humanista Griega, que se celebró en el mes pasado, en donde leí una ponencia sobre Epicuro. Me quedé en Atenas una semana más como su huésped me presentó a mi “descubridora” –ya no esperaba yo que ese libro mío publicado hace más de veinte años interesara a alguien- y a varios amigos en esa ciudad, a la que volveré tal vez en mayo o junio. Fue una experiencia extremadamente intensa, y me ha costado volver a introducirme en la vida de esta ciudad triste y apática. Lo anterior constituye un resumen, pese a lo dilatado muy esquemático, de los hechos vividos.

En el plano intelectual, fuera de haberle dado una forma más acabada a mi ensayo sobre Epicuro, he avanzado en mis trabajos de filosofía jurídica, y sobre todo he captado la unidad, la raíz común, de todo aquello que he pensado y a lo que atribuyo alguna validez. Como expresión de lo que, en una expresión de que me avergüenza por lo pretenciosa –pero no encuentro otra- podría llamar mi pensamiento filosófico

“maduro” (o que ahora, por el momento, me parece ser tal) sólo hay dos escritos míos: el referido ensayo sobre Epicuro y el que escribí sobre su obra. Tal pensamiento se diferencia del que aparece expresado en mi libro de 1957, principalmente por acentuar más resueltamente una exigencia de compromiso histórico y social, y por no aparecer eligiendo el “ser para la conciencia” (hoy el “status del para nosotros”) frente al “ser para el mundo” (hoy el “status del sujeto epistemológico orunsciente” –SEO), sino mostrando el mutuo condicionamiento de ambos, su coordinación o imbricación, con lo cual creo poder responder a una objeción que Vd. me hizo en una de nuestras tertulias en su casa de El Bosque, hacen ya unos treinta años.

Aprovecho para preguntarle: ¿cuál ha sido el destino de ese libro que se preparaba sobre la obra suya? A estas alturas – hacen dos años en este mes que le envié mi ensayo-, supongo las perspectivas de publicación deben de ser exiguas, si no se han desvanecido por completo. Sin embargo, el propósito de ese ensayo mío era entablar con Vd. un diálogo filosófico y comenzar a habitar la casa por Vd. fundada. ¿No sería interesante cumplir este propósito? Me agradecería mucho que así lo hiciéramos y tener una respuesta suya (lo conversado fue poco y en un tiempo escaso). Estos ensayos – el mío y su respuesta- podrían publicarse, sin perjuicio de la suerte que Vd. o la ausencia de editores reserve a los otros, y ser seguidos por otros sucesivos, suyos y míos. Pero independientemente de toda publicación, pienso que su respuesta sería de interés. Por fin, si Vd. no tiene tiempo ahora para ello, por estar dedicado de lleno, como imagino y espero, a su Ser, hacer y deber ser, tal vez pudiera, si a Vd. le parece bien, publicarse mi ensayo en alguna revista –como los Cuadernos Hispanoamericanos- y luego, más tarde, en algún número ulterior, una respuesta suya, etc. En fin, todo esto que lo expreso desordenadamente corresponde de una parte, al sentimiento que tengo de que ese ensayo mío es pertinente; de otra, a mi vehemente deseo de no perder el contacto filosófico con Vd. Es posible que nuestros rumbos se hayan apartado un tanto, pero no me parece que ello sea hasta el punto de que el diálogo entre nosotros resulte inútil o estéril.

Déme, se lo ruego, noticias suyas, y ojalá sean de las mejores, hágale llegar mis buenos recuerdos a Priscilla y tenga siempre presente mi antiguo y fiel amistad

[Signatura]